

Antología Ciudadana

# Gabriela Mistral



Antología Ciudadana

# Gabriela Mistral



**Antología Ciudadana Gabriela Mistral**

© Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio

[www.cultura.gob.cl](http://www.cultura.gob.cl)

[plandelectura.cultura.gob.cl](http://plandelectura.cultura.gob.cl)

Octubre 2025

**Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio**

Subsecretaría de las Culturas y las Artes

Departamento de Fomento de la Cultura y las Artes

Secretaría Ejecutiva del Libro y la Lectura

Plan Nacional de la Lectura, Escritura y Oralidad

**Ilustradoras**

Alejandra Acosta

Karina Kocq

Pablo Luebert

Marcelo Parra

Paloma Valdivia

**Edición**

Macarena Dolz Amor

**Diseño**

Arturo Molina Burgos

**Producción**

Plaza Pública

**Fotografías Gabriela Mistral**

Colección Legado Gabriela Mistral,

Archivo del Escritor, Biblioteca

Nacional de Chile

Impreso por Andros

20 000 ejemplares

Distribución gratuita. Prohibida su venta y reproducción.

Descarga disponible en [plandelectura.cultura.gob.cl](http://plandelectura.cultura.gob.cl)



El Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, a través de su Plan Nacional de la Lectura, Escritura y Oralidad, presenta la *Antología Ciudadana* de Gabriela Mistral, en el marco de la conmemoración de los 80 años de la entrega del Premio Nobel de Literatura a la autora elquina.

Esta publicación invita a redescubrir algunos de los poemas más emblemáticos de Mistral, profundizar en sus múltiples capas de sentido y confirmar la inagotable vigencia de su obra.

La antología nació a partir de una votación virtual realizada en 2015, con motivo de los 70 años del galardón, en la que más de mil personas escogieron –a través de las redes sociales del entonces Consejo Nacional de la Cultura y las Artes– su poema mistraliano preferido. El resultado fue una selección representativa de su repertorio poético, marcada por aquellas composiciones de mayor arraigo popular.

La edición que hoy presentamos corresponde a la tercera versión de la antología, enriquecida con material visual inédito y el desafío de llevar la voz de Gabriela a cada rincón del país, generando nuevos diálogos en torno a su vida, obra y pensamiento.

En esta oportunidad, la publicación incorpora ilustraciones originales de destacadas y destacados artistas: Alejandra Acosta, Karina Cocq, Pablo Luebert, Marcelo Parra y Paloma Valdivia. Además, suma el texto «Cómo escribo», un testimonio excepcional en el que la propia Mistral comparte aspectos íntimos de su proceso creativo.

La *Antología Ciudadana* de Gabriela Mistral forma parte de la colección de once compilaciones desarrolladas por el Plan Nacional de la Lectura, Escritura y Oralidad, disponibles para su revisión y descarga en [plandelectura.cultura.gob.cl](http://plandelectura.cultura.gob.cl).

**Carolina Arredondo Marzá**  
Ministra de las Culturas, las Artes y el Patrimonio

## ÍNDICE

## PRÓLOGO: VIAJE A LA PATRIA REAL DE GABRIELA

El 10 de diciembre de 1945, Gabriela Mistral se convirtió en la primera persona latinoamericana –y hasta ahora, la única mujer de la región– en recibir el Premio Nobel de Literatura. La Academia Sueca atribuyó el galardón a «su poesía lírica, inspirada en poderosas emociones», y la proclamó como «reina espiritual de toda la América Latina». Con ello reconocía también el valor de su inmensa prosa, que, plasmada en cientos de artículos, ensayos, recados, cartas y conferencias, la proyectaba ya entonces como una intelectual de trascendencia internacional.

Hoy, a 80 años de ese acontecimiento histórico, la obra y pensamiento de Gabriela Mistral siguen remeciendo, interrogando e inspirando al mundo entero. Adelantada a su tiempo, luchó por la paz y los derechos humanos de las mujeres, infancias y pueblos originarios, alzó la voz por los pobres y los excluidos, promovió el amor a la naturaleza y denunció sin ambages la tiranía, la discriminación y la injusticia. Concibió la educación como una herramienta de equidad y transformación social, y, por lo mismo, ejerció la enseñanza –su genuina vocación– como un auténtico apostolado. Y, por sobre todo, defendió la libertad de todos los seres humanos para crear, pensar, decidir y amar sin límites ni prejuicios.

Más que un homenaje, la conmemoración de los 80 años del Premio Nobel representa una oportunidad para revisitar y resignificar el contundente legado de Gabriela. En ese afán, el Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio ha proyectado diferentes iniciativas, entre ellas esta antología, cuya publicación converge, además, con el lanzamiento de un nuevo Plan de la Lectura, Escritura y Oralidad. Al integrar por primera vez de manera oficial estos últimos dos componentes, el Plan busca fomentar de manera decidida aquella práctica que nuestra premio

nobel cultivó de manera ejemplar, y cuyo ejercicio –según expresó– tenía el poder de trasladarla a su «patria real».

Así, la presente antología es una invitación a leer y releer la obra de Gabriela, a reconocernos en su mirada y a adentrarnos en los múltiples caminos que abrió su pensamiento. A recorrer con ella las costas, valles y cordilleras de Chile, así como los muchos otros lugares que, en su permanente itinerancia, formaron su mapa afectivo. A conmovernos con la ternura de sus versos, pero también a descender por ellos a los abismos más profundos del alma humana. Y, tal vez, a descubrir en su palabra lúcida nuevas perspectivas para comprender nuestro presente y proyectar el futuro.

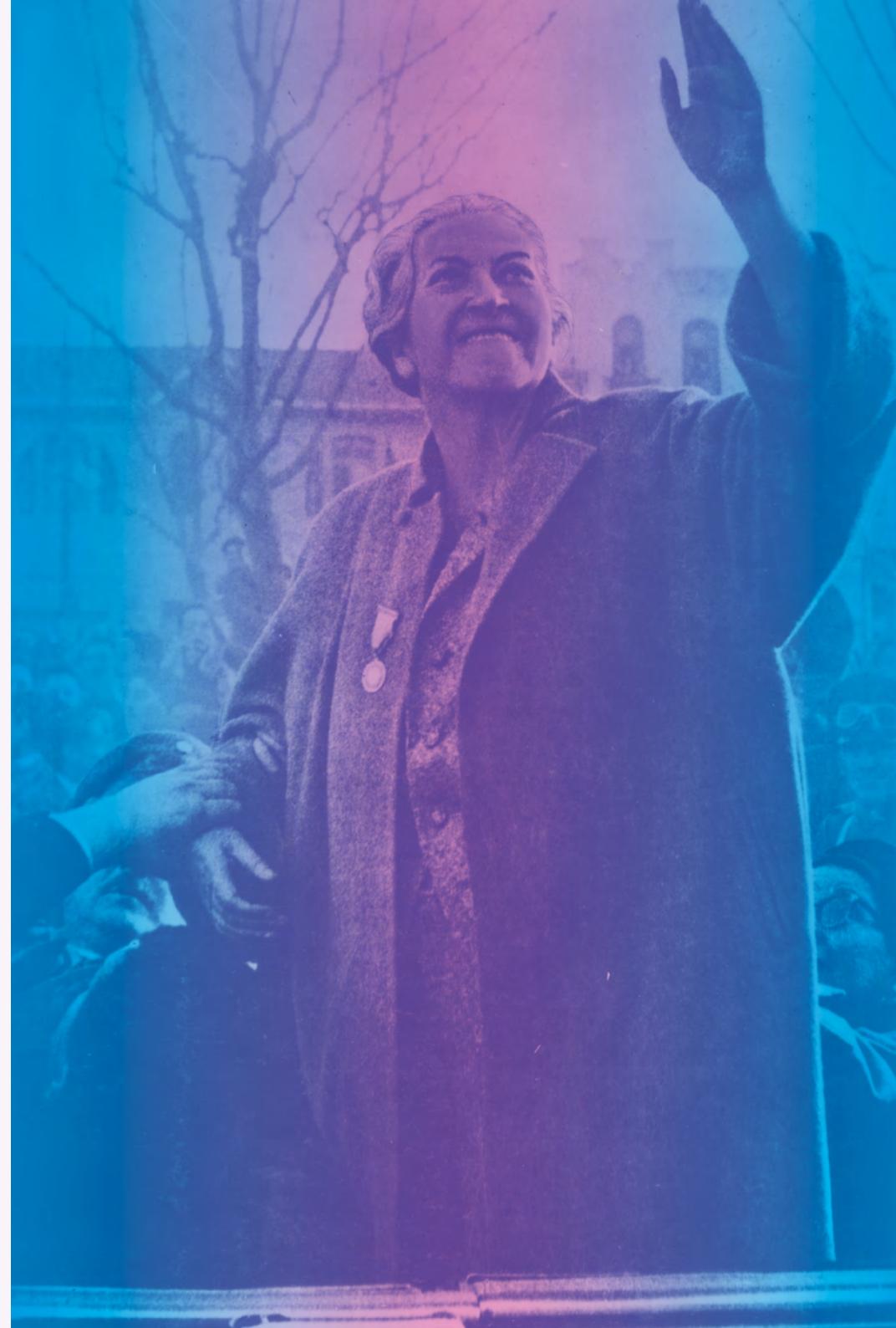
Los poemas reunidos en esta publicación fueron seleccionados a través de una convocatoria ciudadana, en sintonía con las metodologías abiertas y participativas que han caracterizado las acciones del Estado en torno a la cultura. La primera edición se publicó en 2015, con motivo del 70.<sup>º</sup> aniversario del Premio Nobel, y se reeditó en 2019, a propósito de los 130 años del natalicio de Gabriela en Vicuña. Hoy presentamos una tercera edición de la *Antología ciudadana*, con una propuesta de lectura actualizada que busca poner de relieve la figura diversa y polifónica de la autora, acompañada con ilustraciones originales de cinco artistas nacionales.

Como antesala a los poemas, proponemos la lectura del texto «Cómo escribo», parte de una conferencia que dictó Gabriela Mistral en Montevideo, Uruguay, el año 1938. Esas líneas nos conectan con una Gabriela afable y espontánea, que parece abrirnos la puerta de su casa y permitirnos observarla en silencio mientras practica su oficio. Nos cuenta de sus preferencias y manías al momento de escribir, y de los efectos que este ejercicio opera en su ánimo y en su cuerpo; nos hace cómplices de sus vicios y confidentes de sus melancolías. Como sin querer, en este breve texto Gabriela nos entrega su semblanza más auténtica.

El recorrido poético que presentamos a continuación se inicia con la pequeña Lucila de Elqui, esa niña triste y horaña devenida en precoz maestra sin título, tantas veces ignorada y hasta despreciada por una sociedad dominada por los prejuicios y los privilegios; no por nada los primeros poemas se titulan «Vergüenza» y «Miedo». Misterioso y épico, «La flor del aire» marca un punto de inflexión, arrastrándonos a una travesía de descubrimiento personal con tintes psicodélicos. A partir de ahí, los poemas que siguen expresan una voz con plena agencia, que ha conquistado la libertad de escoger su destino y que no teme a caminar por las sombras. Es la Gabriela valiente e irreductible, que vive, goza y padece intensamente, desafiando las convenciones.

En «Piececitos» vemos levantarse a la humanista universal, que interpela a la sociedad con una denuncia directa de la vulneración a los derechos de niños y niñas; aunque se trate de una de las piezas más recurrentes y memorizadas de su repertorio, el mensaje que contiene adquiere hoy una urgencia desesperada. Por último, cerramos la colección con «Cosas», un repaso íntimo de los afectos y añoranzas acumulados a lo largo de su vida errante.

Esperamos que esta antología renueve el entusiasmo de lectoras y lectores a lo largo y ancho del país por acercarse a las múltiples Gabriela que habitan el vasto legado escrito de la premio nobel. En pleno siglo XXI, su mensaje revolucionario de justicia, libertad y compromiso social nos desafía, nos reconforta y puede servirnos de faro en tiempos de desconcierto.



# CÓMO ESCRIBO

Parte de una conferencia dictada en Montevideo, Uruguay, en 1938

Yo escribo sobre mis rodillas, y la mesa escritorio nunca me sirvió de nada, ni en Chile, ni en París, ni en Lisboa. Escribo de mañana o de noche, y la tarde no me ha dado nunca inspiración, sin que yo entienda la razón de su esterilidad o de su mala gana para mí.

Creo no haber hecho jamás un verso en cuarto cerrado ni en cuarto cuya ventana diese a un horrible muro de casa. Siempre me afirmo en un pedazo de cielo, que Chile me dio azul y Europa me da borroneado. Mejor se ponen mis humores si afirmo mis ojos viejos en una masa de árboles.

Mientras fui criatura estable de mi raza y mi país, escribí lo que veía o tenía muy inmediato, sobre la carne caliente del asunto. Desde que soy criatura vagabunda, desterrada voluntaria, parece que no escribo sino en medio de un vaho de fantasmas. La tierra de América y la gente mía, viva o muerta, se me han vuelto un cortejo melancólico pero muy fiel, que más que envolverme, me forra y me opriime, y rara vez me deja ver el paisaje y la gente extranjeros.

Escribo sin prisa, generalmente, y otras veces con una rapidez vertical de rodado de piedras en la cordillera. Me irrita, en todo caso, pararme, y tengo siempre al lado cuatro o seis lápices con punta porque soy bastante perezosa, y tengo el hábito regalón de que me den todo hecho, excepto los versos.

En el tiempo en que yo me peleaba con la lengua exigiéndole intensidad, me solía oír, mientras escribía, un crujido de dientes bastante colérico, el rechinar de la lija sobre el filo romo del idioma.

Ahora ya no me peleo con las palabras sino con otra cosa. He cobrado el disgusto y el desapego de mis poesías, cuyo tono no es el mío por ser demasiado enfático. No me excuso sino

aquellos poemas donde reconozco mi lengua hablada, eso que llamaba don Miguel, el vasco, «la lengua conversacional».

Corrijo bastante más de lo que la gente puede creer, leyendo unos versos que aun así se me quedan bárbaros. Salí de un laberinto de cerros y algo de ese nudo sin desatadura posible, queda en lo que hago, sea verso o sea prosa.

Escribir me suele alegrar; siempre me suaviza el ánimo y me regala un día ingenuo, tierno, infantil. Es la sensación de haber estado por algunas horas en mi patria real, en mi costumbre, en mi suelto antojo, en mi libertad total.

Me gusta escribir en cuarto pulcro, aunque soy persona harto desordenada. El orden parece regalarme espacio, y este apetito de espacio lo tienen mi vista y mi alma.

En algunas ocasiones he escrito siguiendo un ritmo recogido en un caño que iba por la calle lado a lado conmigo, o siguiendo los ruidos de la naturaleza, que todos ellos se me funden en una especie de canción de cuna.

Por otra parte, tengo aún la poesía anecdótica que tanto desprecian los poetas mozos. La poesía me conforta los sentidos y eso que llaman «el alma», pero la ajena mucho más que la mía. Ambas me hacen correr mejor la sangre, me defienden la infantilidad del carácter, me aniñan y me dan una especie de asepsia respecto del mundo.

La poesía es en mí, sencillamente, un rezago, un sedimento de la infancia sumergida. Aunque resulte amarga y dura, la poesía que hago me lava de los polvos del mundo y hasta de no sé qué vileza esencial parecida a lo que llamamos «el pecado original», que llevo conmigo y que llevo con aflicción.

Tal vez el pecado original no sea sino nuestra caída en la expresión racional y antirrítmica, a la cual bajó el género humano y que más nos duele a las mujeres por el gozo que perdimos en la gracia de una lengua de intuición y de música que iba a ser la lengua del género humano.

Es todo cuanto sé decir de mí, y no me pongáis vosotros a averiguar más.





## VERGÜENZA

Publicado originalmente en *Desolación* (1922)

Si tú me miras, yo me vuelvo hermosa  
como la hierba a que bajó el rocío,  
y desconocerán mi faz gloriosa  
las altas cañas cuando baje al río.

Tengo vergüenza de mi boca triste,  
de mi voz rota y mis rodillas rudas;  
ahora que me miraste y que viniste,  
me encontré pobre y me palpé desnuda.

Ninguna piedra en el camino hallaste  
más desnuda de luz en la alborada  
que esta mujer a la que levantaste,  
porque oíste su canto, la mirada.

Yo callaré para que no conozcan  
mi dicha los que pasan por el llano,  
en el fulgor que da a mi frente tosca  
y en la tremolación que hay en mi mano...

Es noche y baja a la hierba el rocío;  
mírame largo y habla con ternura,  
¡que ya mañana al descender al río  
la que besaste llevará hermosura!

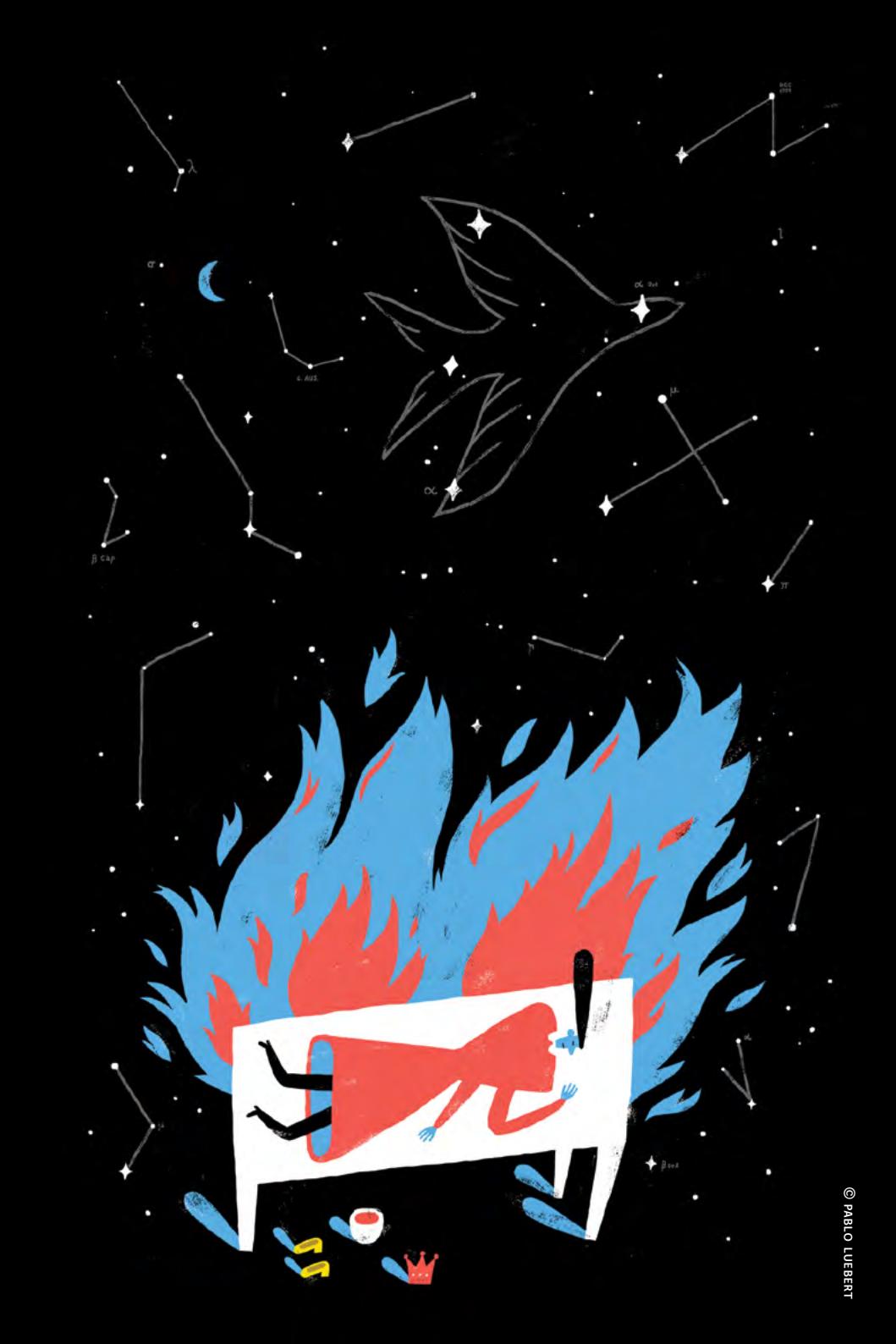
# MIEDO

Publicado originalmente en *Desolación* (1923, 2.<sup>a</sup> ed.)

Yo no quiero que a mi niña  
golondrina me la vuelvan,  
se hunde volando en el cielo  
y no baja hasta mi estera;  
en el alero hace el nido  
y mis manos no la peinan.  
Yo no quiero que a mi niña  
golondrina me la vuelvan.

Yo no quiero que a mi niña  
la vayan a hacer princesa.  
Con zapatitos de oro,  
¿cómo juega en las praderas?  
Y cuando llegue la noche  
a mi lado no se acuesta...  
Yo no quiero que a mi niña  
la vayan a hacer princesa.

Y menos quiero que un día  
me la vayan a hacer reina.  
La pondrían en un trono  
a donde mis pies no llegan.  
Cuando viniese la noche  
yo no podría mecerla...  
¡Yo no quiero que a mi niña  
me la vayan a hacer reina!



## LA FLOR DEL AIRE

Publicado originalmente en *Tala* (1938)

Yo la encontré por mi destino,  
de pie a mitad de la pradera,  
gobernadora del que pase,  
del que le hable y que la vea.

Y ella me dijo: «Sube al monte.  
Yo nunca dejo la pradera,  
y me cortas las flores blancas  
como nieves, duras y tiernas».

Me subí a la ácida montaña,  
busqué las flores donde albean,  
entre las rocas existiendo  
medio dormidas y despiertas.

Cuando bajé, con carga mía,  
la hallé a mitad de la pradera,  
y la fui cubriendo frenética,  
y le di un río de azucenas.

Y sin mirarse la blancura,  
ella me dijo: «Tú acarrea  
ahora solo flores rojas.  
Yo no puedo pasar la pradera».

Trepé las peñas con el venado  
y busqué flores de demencia,  
las que rojean y parecen  
que de rojez vivan y mueran.

Cuando bajé se las fui dando  
con un temblor feliz de ofrenda,  
y ella se puso como el agua  
que en ciervo herido se ensangrienta.

Pero mirándome, sonámbula,  
me dijo: «Sube y acarrea  
las amarillas, las amarillas.  
Yo nunca dejo la pradera».

Subí derecha a la montaña  
y me busqué las flores densas,  
color de sol y de azafranes,  
recién nacidas y ya eternas.

Al encontrarla, como siempre,  
a la mitad de la pradera,  
yo fui cubriéndola, cubriéndola,  
y la dejé como las eras.

A surreal illustration featuring a woman's face partially hidden behind a dense thicket of stylized blue branches and leaves. Her dark hair and a single visible eye are visible through the foliage. To the right, a detailed pencil-drawn heart is shown, with blue veins or tubes connecting it to the branches. The background is a textured, light beige.

Y todavía, loca de oro,  
me dijo: «Súbete, mi sierva,  
y cortarás las sin color,  
ni azafranadas ni bermejas».

«Las que yo amo por recuerdo  
de la Leonora y la Ligeia,  
color del sueño y de los sueños.  
Yo soy mujer de la pradera».

Subí a la montaña profunda,  
ahora negra como Medea,  
sin tajada de resplandores,  
como una gruta vaga y cierta.

Ellas no estaban en las ramas,  
ellas no abrirían en las piedras  
y las corté del aire dulce,  
tijereteándolo ligera.

Me las corté como si fuese  
la cortadora que está ciega.  
Corté de un aire y de otro aire,  
tomando el aire por mi selva...

Cuando bajé de la montaña  
y fui buscándome a la reina,  
ahora ella caminaba,  
ya no era blanca ni violenta.

Ella se iba, la sonámbula,  
abandonando la pradera,  
y yo siguiéndola y siguiéndola  
por el pastal y la alameda.

Cargada así de tantas flores,  
con espaldas y mano aéreas,  
siempre cortándolas del aire  
y con los aires como siega...

Ella delante va sin cara;  
ella delante va sin huella,  
y yo siguiéndola, siguiéndola,  
entre los gajos de la niebla.

Con estas flores sin color,  
ni blanquecinas ni bermejas,  
hasta mi entrega sobre el límite,  
hasta que el tiempo se disuelva...

# ADIÓS

Publicado originalmente en *Tala* (1938)



En costa lejana  
y en mar de pasión,  
dijimos adioses  
sin decir «adiós».  
Y no fue verdad  
la alucinación.  
Ni tú la creíste  
ni la creo yo,  
«y es cierto y no es cierto»  
como en la canción.

Que yendo hacia el sur  
diciendo iba yo:  
«Vamos hacia el mar  
que devora al sol».

Y yendo hacia el norte  
decía tu voz:  
«Vamos a ver juntos  
donde se hace el sol».

Ni por juego digas  
o exageración  
que nos separaron  
tierra y mar, que son  
ella, sueño, y él  
alucinación.

No te sueñes solo  
ni pida tu voz  
albergue para uno  
al albergador.  
Echarás la sombra  
que siempre se echó,  
morderás la duna  
con paso de dos...

¡Para que ninguno,  
ni hombre ni dios,  
nos llame partidos  
como luna y sol;  
para que ni roca  
ni viento errador,  
ni río con vado  
ni árbol sombreador,  
aprendan y digan  
mentira o error  
del sur y del norte,  
del uno y del dos!





## AUSENCIA

Publicado originalmente en *Tala* (1938)

Se va de ti mi cuerpo gota a gota.  
Se va mi cara en un óleo sordo;  
se van mis manos en azogue suelto;  
se van mis pies en dos tiempos de polvo.

¡Se te va todo, se nos va todo!

Se va mi voz, que te hacía campana  
cerrada a cuanto no somos nosotros.  
Se van mis gestos que se devanaban  
en lanzaderas, delante de tus ojos.  
Y se te va la mirada que entrega,  
cuando te mira, el enebro y el olmo.

Me voy de ti con tus mismos alientos:  
como humedad de tu cuerpo evaporo.  
Me voy de ti con vigilia y con sueño,  
y en tu recuerdo más fiel ya me borro.  
Y en tu memoria me vuelvo como esos  
que no nacieron en llanos ni en sotos.

Sangre sería y me fuese en las palmas  
de tu labor, y en tu boca de mosto.  
Tu entraña fuera, y sería quemada  
en marchas tuyas que nunca más oigo,  
y en tu pasión que retumba en la noche  
como demencia de mares solos.

¡Se nos va todo, se nos va todo!

# LOS SONETOS DE LA MUERTE

Publicado originalmente en *Desolación* (1922)

I

Del nicho helado en que los hombres te pusieron,  
te bajaré a la tierra humilde y soleada.  
Que he de dormirme en ella los hombres no supieron,  
y que hemos de soñar sobre la misma almohada.

Te acostaré en la tierra soleada con una  
dulcedumbre de madre para el hijo dormido,  
y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna  
al recibir tu cuerpo de niño dolorido.

Luego iré espolvoreando tierra y polvo de rosas,  
y en la azulada y leve polvareda de luna,  
los despojos livianos irán quedando presos.

Me alejaré cantando mis venganzas hermosas,  
¡porque a ese hondor recóndito la mano de ninguna  
bajará a disputarme tu puñado de huesos!

II

Este largo cansancio se hará mayor un día,  
y el alma dirá al cuerpo que no quiere seguir  
arrastrando su masa por la rosada vía,  
por donde van los hombres, contentos de vivir...

Sentirás que a tu lado cavan briamente,  
que otra dormida llega a la quieta ciudad.  
Esperaré que me hayan cubierto totalmente...  
¡y después hablaremos por una eternidad!

Solo entonces sabrás el por qué no madura  
para las hondas huesas tu carne todavía,  
tuviste que bajar, sin fatiga, a dormir.

Se hará luz en la zona de los sinos, oscura;  
sabrás que en nuestra alianza signo de astros había  
y, roto el pacto enorme, tenías que morir...

III

Malas manos tomaron tu vida desde el día  
en que, a una señal de astros, dejara su plantel  
nevado de azucenas. En gozo florecía.  
Malas manos entraron trágicamente en él...

Y yo dije al Señor: «Por las sendas mortales  
le llevan. ¡Sombra amada que no saben guiar!  
¡Arráncalo, Señor, a esas manos fatales  
o le hundes en el largo sueño que sabes dar!

¡No le puedo gritar, no le puedo seguir!  
Su barca empuja un negro viento de tempestad.  
Retórñalo a mis brazos o le siegas en flor».

Se detuvo la barca rosa de su vivir...  
¿Que no sé del amor, que no tuve piedad?  
¡Tú, que vas a juzgarme, lo comprendes, Señor!





## PIECECITOS

Publicado originalmente en *Desolación* (1922)

Piececitos de niño,  
azulosos de frío,  
¡cómo os ven y no os cubren,  
Dios mío!

¡Piececitos heridos  
por los guijarros todos,  
ultrajados de nieves  
y lodos!

El hombre ciego ignora  
que por donde pasáis,  
una flor de luz viva  
dejáis;

que allí donde ponéis  
la plantita sangrante,  
el nardo nace más  
fragante.

Sed, puesto que marcháis  
por los caminos rectos,  
heroicos como sois  
perfectos.

Piececitos de niño,  
dos joyitas sufrientes,  
¡cómo pasan sin veros  
las gentes!



© PABLO LUEBERT

## COSAS

Publicado originalmente en *Tala* (1938)

I

Amo las cosas que nunca tuve  
con las otras que ya no tengo.

Yo toco un agua silenciosa,  
parada en pastos friolentos,  
que sin un viento tiritaba  
en el huerto que era mi huerto.

La miro como la miraba;  
me da un extraño pensamiento,  
y juego, lenta, con esa agua  
como con pez o con misterio.

II

Pienso en umbral donde dejé  
pasos alegres que ya no llevo,  
y en el umbral veo una llaga  
llena de musgo y de silencio.

III

Me busco un verso que he perdido,  
que a los siete años me dijeron.  
Fue una mujer haciendo el pan  
y yo su santa boca veo.

IV

Viene un aroma roto en ráfagas;  
soy muy dichosa si lo siento;  
de tan delgado no es aroma,  
siendo el olor de los almendros.

Me vuelve niños los sentidos;  
le busco un nombre y no lo acierto,  
y huelo el aire y los lugares  
buscando almendros que no encuentro...

V

Un río suena siempre cerca.  
Ha cuarenta años que lo siento.  
Es canturía de mi sangre  
o bien un ritmo que me dieron.

O el río Elqui de mi infancia  
que me repecho y me vadeo.  
Nunca lo pierdo; pecho a pecho,  
como dos niños, nos tenemos.

VI

Cuando sueño la cordillera,  
camino por desfiladeros,  
y voy oyéndoles, sin tregua,  
un silbo casi juramento.

VII

Veo al remate del Pacífico  
amoratado mi archipiélago,  
y de una isla me ha quedado  
un olor acre de alción muerto...

VIII

Un dorso, un dorso grave y dulce,  
remata el sueño que yo sueño.  
Es al final de mi camino  
y me descanso cuando llego.

Es tronco muerto o es mi padre,  
el vago dorso ceniciente.  
Yo no pregunto, no lo turbo.  
Me tiendo junto, callo y duermo.

IX

Amo una piedra de Oaxaca  
o Guatemala, a que me acerco,  
roja y fija como mi cara  
y cuya grieta da un aliento.

Al dormirme queda desnuda;  
no sé por qué yo la volteo.  
Y tal vez nunca la he tenido  
y es mi sepulcro lo que veo...







#AntologíaCiudadana



Ministerio de  
las Culturas,  
las Artes y el  
Patrimonio

Gobierno de Chile

